

PARA JESÚS, LOS ÚLTIMOS SON LOS PRIMEROS

28 de Septiembre de 2014

Evangelio según MATEO 21, 28-32

-A ver, ¿qué os parece? Un hombre tenía dos hijos. Se acercó al primero diciéndole: «Hijo, ve hoy a trabajar en la viña».

Le contestó:

«No quiero». Pero después sintió remordimiento y fue.

Se acercó al segundo y le dijo lo mismo.

Este contestó:

«Por supuesto, señor». Pero no fue.

¿Cuál de los dos cumplió la voluntad del padre?

Contestaron ellos:

«El primero».

Jesús les dijo:

-Os aseguro que los recaudadores y las prostitutas os llevan la delantera para entrar en el Reino de Dios. Porque Juan os enseñó el camino para ser justos y no le creísteis; en cambio, los recaudadores y prostitutas le creyeron. Pero vosotros, ni aún después de ver aquello habéis sentido remordimiento ni le habéis creído.

- o - O - o -

Jesús conoció una sociedad dividida por barreras de separación y atravesada por complejas discriminaciones. En ella encontramos judíos que pueden entrar en el templo y paganos excluidos del culto; personas «puras» con las que se puede tratar y personas «impuras» a las que hay que evitar; «prójimos» a los que se debe amar y «no prójimos» a los que se puede abandonar; personas «justas» y hombres y mujeres «pecadores».

La actuación de Jesús en esta sociedad resulta tan sorprendente que todavía hoy nos resistimos a aceptarla. No adopta la postura de los grupos fariseos, que evitan

todo contacto con impuros y pecadores. Jesús se acerca precisamente a los más discriminados. Busca salvar «lo que está perdido». Con insistencia provocativa va repitiendo que «los últimos serán los primeros», y que los recaudadores y las prostitutas van por delante de los escribas y sacerdotes en el camino del reino de Dios.



¿Quién sospecha hoy realmente que los alcohólicos, vagabundos y todos los que forman el desecho de la sociedad pueden ser ante Dios los primeros? ¿Quién se atreve a pensar que las prostitutas, los heroinómanos o los afectados por el sida pueden preceder a no pocos eclesiásticos de vida intachable? Sin embargo, aunque ya casi nadie os lo diga, vosotros, los indeseables y rechazados, tenéis que saber que el Dios que se vislumbra en Jesús sigue siendo realmente vuestro amigo. Cuando nosotros os evitamos, Dios se os acerca. Cuando os despreciamos, os acoge. En lo más profundo de vuestra humillación no estáis abandonados. No hay sitio para vosotros en nuestra sociedad ni en nuestro corazón. Por eso precisamente tenéis un lugar privilegiado en el corazón de Dios.

“La vida es un arder, y el que no arde no vive.”

“Siempre se puede cuando se quiere”

José Luis Sampedro

El espejismo económico previo a la crisis nos hizo olvidar la responsabilidad colectiva en la construcción social así como la vigilancia de aquellos que tienen responsabilidad sobre el destino de todos. La sociedad también se construye desde lo pequeño, próximo y cercano. La actuación de cada persona, los proyectos de cada familia, las preocupaciones de entidades vecinales y sociales... son un buen termómetro de la calidad democrática de una sociedad. No hace falta ser presidente de un gobierno, director general de una gran empresa o responsable sindical para ser una pieza insustituible de la sociedad. De hecho, las familias han sido piezas imprescindibles, puesto que han sostenido a los suyos, que en muchos casos se han quedado sin recursos.

Es necesario reconocer en el prójimo a alguien importante; es esencial tomar conciencia de los problemas que afectan a todos y, especialmente, a los más débiles; es preciso aprender a dialogar, a tomar decisiones juntos, a habilitar cauces de participación en todos los ámbitos, pequeños y grandes. Solo de este modo saldremos adelante y habremos aprendido la lección. Todos somos responsables de todos. Todos somos necesarios para todos. Todos somos imprescindibles para todos.

Lo venimos diciendo desde hace mucho: la gente está harta de palabras, sobre todo, harta de palabras vacías, engañosas, frustrantes. Es cierto que una palabra bondadosa y fraterna puede ser curativa, pero la sociedad emplea la humanizadora arma de la palabra para engañar, desorientar, lucrarse. Por eso hay que decir que el Evangelio propone un tipo de vida que sea algo más que palabras, hechos contantes y sonantes, superación de un altruismo de boquilla e indoloro. Quienes tienen un verbo florido deslumbran en un primer instante, pero quienes hacen y colaboran en silencio son los que, a la larga, resultan imprescindibles.



¿Qué tiempos serán los que vivimos que hay que defender lo obvio?

Bertolt Brecht

Para reflexionar

- ¿Hasta qué punto nos preocupan los problemas y necesidades de los demás; familia, vecindad, humanidad...?
- Cuando trabajamos por los demás ¿los hacemos solos? ¿Nos cuesta colaborar con otros que no piensan o viven como nosotros? ¿Estamos dispuestos a unir nuestras fuerzas con los que luchan por el bienestar de todos?